

CHARLA

Honrado reiteradamente con el ruego del dignísimo presidente de nuestra Sociedad Central de Arquitectos, de la cual acaso soy el miembro más antiguo, tenéis, queridos compañeros, que sufrir mi insulsa charla durante unos cuantos minutos, si no preferís prescindir de su lectura para dedicar vuestra atención á más grata cosa.

Pero, contraído el compromiso, he de cumplirle, y ahora llega el momento tan temido de los escritores como yo, de escaso caletre, al verse con la pluma en la mano y las albas cuartillas sobre la mesa, esperando los signos que han de cubririlas, formando palabras para expresar las ideas, que tardan en acudir al llamamiento.

Y este es mi apuro; pues no encuentro nada que no sepáis respecto al arte excelso que profesamos, y tendréis que contentaros con algunas consideraciones sugeridas por una conversación tenida hace pocos días con un compañero, me decía cuánto había ganado el arquitecto en consideración social desde hace pocos años y con qué deferencia era tratado, tanto en las esferas oficiales como en el terreno particular, alcanzando honrosos puestos en la administración pública, constituyendo organismos consultivos y ejecutivos, ya en cuanto se refiere á cuestiones verdaderamente artísticas, como á las técnicas, y distinguiéndole con la confianza que le hace acreedor su honradez.

Y pensando luego en estos hechos, los considero lógica consecuencia de la conducta seguida por los arquitectos, tanto individualmente en la vida social, como reunidos en colectividad.

ARQUITECTURA

El arquitecto, hasta el último tercio del pasado siglo, vivía una vida oscura, era modesto, sin aspiraciones; más constructor que artista, realizando su labor sin brillo, cediendo á los caprichos del propietario, hasta los más desatinados, y recompensado mezquinamente. Sus conocimientos, si bien suficientes para *practicar*, no le elevaban sobre el común nivel de las gentes, y eran consecuencia de las enseñanzas recibidas en la Escuela, pobres y limitadas. Vivía y se daba por contento proyectando y dirigiendo esas casas llamadas *de palo y clavo*, bien distribuidas acaso algunas, pero sin el menor asomo de arte, pues sus propietarios no querían gastos que consideraban como superfluos, lo cual sintetizaban muchos de ellos y, por desgracia, algunos arquitectos, en estos aforismos: *capitel y basa—no entran en mi casa; obras de trompón—que llenan el bolsón*.

Ahora, por el contrario, y comenzando, como es debido, por la enseñanza, la Escuela de Arquitectura, con su nueva organización de estudios y profesores jóvenes y entusiastas, ha impreso á la carrera un movimiento de adelanto, que se aumenta por medio de frecuentes expediciones de las diferentes clases á las provincias.

Hay, además, las pensiones del Estado y las del Círculo de Bellas Artes, que se adjudican por medio de oposiciones, donde se despierta una noble emulación; los concursos artísticos no sólo convocados por los centros oficiales, sino por sociedades particulares, como la Central de Arquitectos y el expresado Círculo y las publicaciones artísticas españolas, antes escasas ó más bien nulas, que ahora ven la luz en Madrid, Barcelona, Valencia y otras capitales, todo lo cual constituye una suma de elementos pedagógicos de que antes se carecía, y que ahora aprovecha cada arquitecto según sus particulares aficiones.

Ya en la práctica de la profesión son provechosos los Congresos de Arquitectos, tanto nacionales como internacionales, no sólo por lo que en ellos puede aprenderse, sino casi principalmente por conducir al conocimiento de nuevos países y monumentos y á entablar relaciones de amistad con los compañeros.

Y esto se ha visto prácticamente, sobre todo en los Congresos internacionales, ahora en suspenso á causa de la guerra, pues por ellos hemos visitado poblaciones que quizá sin este motivo aún desconoceríamos, y contamos con amigos en todo el mundo que pueden prestarnos servicios en asuntos profesionales y particulares cuando de ellos necesitemos, como yo puedo atestiguarlo.

Todo esto ha aumentado la cultura del arquitecto español, le ha acostumbrado al trato de toda clase de gentes, obteniendo la consideración que se le debía y le ha llevado á alternar con personas de todas clases y categorías, desde la más alta á la más humilde.

Su influencia en el gusto es considerable; los propietarios les dejan libertad para sus proyectos, y ya la casa particular no es la de *trompón*—como era la de nuestros antepasados, sino edificios artísticos, con todas las comodidades exigidas por la higiene y por las costumbres modernas.

No hay más que ver lo que nuestros nuevos compañeros han construido en los ensanches de las poblaciones y las nuevas casas que edifican en el interior de las mismas, aun en ciudades de última clase, si bien en algunas con una exageración que conviene reprimir, adaptándose al medio ambiente, del cual muchas veces se prescinde por afán de notoriedad.

Y este es un consejo que me permito dar á los nuevos compañeros: que no exageren la nota, que siempre la parte artística sea razonada, en consonancia con el carácter del país en que trabajen, y que cuiden mucho de la ponderación que entre unos y otros elementos debe existir en toda obra artística...

Y heme aquí que, al empezar mi charla, no sabía qué deciros, y ahora me encuentro metido en un tema inagotable que dejo para ser tratado por quien más sepa.

Despidome, pues, de vosotros, y os excito á que sigáis la marcha emprendida, hasta llegar á la completa regeneración de la Arquitectura, la primera de las bellas artes, diosa mayor, á cuyo culto estamos obligados.

E. M. REPULLÉS Y VARGAS.

